

“ESPAÑA NUEVA” EN MADRID



La noticia sensacional de esta Semana Santa fué el suicidio del señor Vales Failde, obispo electo de Sión.

Yo tengo un motivo de simpatía para la memoria de este hombre. Me lo encontraba en todas las librerías, revolviendo tomos, examinando cuadernos, rebuscando incansablemente entre mil publicaciones de todas clases. Su aspecto de hombre fino, de diplomático, producía complacencia. Además, el traje talar daba una nota de distinción a aquel sacerdote cuyas aficiones destacaban en esta España de clérigos cerriles.

La Iglesia ha querido desmentir la seguridad de que murió por su propia mano. ¡Hipocresía pueril e inútil! La manera de pasar al sepulcro no añade ni quita méritos a la vida. Pero el catolicismo pretende mantener la superioridad espiritual de su confesión. Y por esto se resiste a convenir en una verdad indudable: las ideas no pueden combatir, aniquilar los sentimientos de los hombres, las pasiones de los hombres. Pensando como cristiano o como mahometano, siendo cubista o indiferente, el odio, la ira, el amor, nos manejan a todos, nos impulsan, nos mandan.

Yo, sin acordarme del credo religioso, del desgraciado suicida, rindo desde aquí un homenaje a la memoria de aquel varón cortés, delicado, exquisito, que solía encontrarme por las librerías a la caída de la tarde.

El Jueves Santo presencié un espectáculo. Ví desde un balcón lo que pasaba en el patio de un centro católico donde se recogen niñas y criadas explotables.

Formando un gran círculo, paseaban las pobres pequeñas al mismo tiempo que leían algo que supongo sería la pasión y muerte de Jesús. A la una y media de la tarde reparé en ello. A las cuatro y cuarto continuaba el tormento.

Sin duda las chiquillas estaban ya atontadas. ¿No es éste el secreto de nuestra santa religión? Ese atontamiento ¿no es uno por decirlo así el punto para meter en el horno del catolicismo las almas infantiles?

He aquí como yo descubrí un dato preciosísimo el día de Jueves Santo.

Pedregal salió del Ministerio porque no se modificaba el artículo 11 de la Constitución. Antes debió haberlo hecho al ver que no conseguía la tributación por contribución territorial de las Ordenes religiosas. Sí, ya sabemos que el político reformista *había dado órdenes* para que se embargase a las comunidades, pero ¿qué ministro es ese cuyas

disposiciones no se cumplen o se trastrasan o se mediatizan?

Melquiades Alvarez retiró su representante en el Gabinete y mantuvo en el poder a los gobernadores civiles. ¿Por qué? Si existía razón para que el reformismo se fuese de la concentración liberal, sobran todos. Si no existía ¿a qué sacrificar a Pedregal?

Solución: las elecciones próximas.

Ahora el Conde de Romanones puede jugarle una mala partida a don Melquiades dejándolo sin diputados. Y no pasaría nada, absolutamente nada, porque ese producto indefinido, borroso, híbrido que encarna el orador asturiano tienen la misma fuerza en la opinión que buen gusto supone entre los elegantes su corbata blanca. Y como ésta, no pasa de ser una cursilería.

DEL MOMENTO ACTUAL

Estamos asistiendo en España a las últimas escenas, acaso al desenlace—¿cuál?—del drama nacional que se intensificó en 1914, a raíz de estallar la gran guerra de las Naciones.

Desde que empezó el presente reinado de don Alfonso XIII que no es sino la continuación de la Regencia, la principal preocupación en la más alta esfera del poder público, en el Palacio real, era el desquite del desastre de 1898, de la pérdida de los restos del imperio ultramarino. Y a ese anhelo, que no hemos de juzgar ahora aquí, respondió el ensueño de lo que hemos llamado el Vice-Imperio Ibérico o sea España redondeada con Portugal, Gibraltar y Marruecos, incluso Tánger. Y le llamamos Vice-Imperio porque eso habría de hacerse bajo la protección de los dos Imperios germánicos, el de los Hohenzollern y el de los Habsburgo. Y aun a pesar del pacto de Cartagena en que nuestro monarca, un niño entonces, se avistó con el astuto Eduardo VII de Inglaterra.

A ese ensueño obedecieron las veleidades de conquista de Portugal, que no olvidan en la vecina República de occidente. Y a ese ensueño obedeció el que lo que según el mandato internacional había de ser protectorado sobre una zona de Marruecos se cambiara en coloniaje y se hiciera allí guerra de conquista—más bien de cruzada—con aspiración a obtener el dictado de Africano.

Estalló la guerra de las Naciones y el pueblo español dotado de conciencia política, los que más o menos obscuramente sentimos aquí la españolidad histórica, nos dividimos en dos bandos de germanófilos y aliadófilos o mejor de germanófobos y aliadófobos, o acaso

La nueva declaración ministerial omite la reforma de la Constitución. La palabra empeñada por García Prieto... sigue empeñada. Y, por lo visto, se le ha perdido la papeleta.

El General Navarro está procesado. Al saberlo, un amigo mío me dijo: ¿Lo ves? Contra tu opinión, se exigirán las responsabilidades africanas.

Yo sigo sin creerlo. Y si así fuese, caerían los más altos. Es decir, los emboscados de esa enorme tragedia de Marruecos, la ilustre gentuza que nunca se sabe si está arriba, en la cumbre, o abajo del todo, en los fondos de toda corrupción y de todo crimen. Aunque pueda estar a la vez en los dos sitios.

Abraham Polanco.

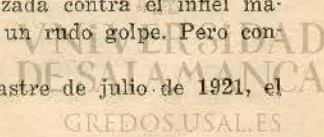
Madrid, Abril.

más exactamente de antigermanófilos y antialiadófilos. Las razones de la división, muy hondas y muy arraigadas, obedecían a motivos internos y que tenían muy poco que ver, en general, con las razones porque los beligerantes luchaban. Y entre estas razones era una la del soñado Vice-Imperio. Porque se esperaba por muchos q. el triunfo, desentado del kaiser Guillermo II, del Lohengrin de Agadir, fuera la señal de la constitución de la gran Iberia. Y fué acaso uno de los motivos que impulsó a Portugal a entrar en la guerra, para defender su independencia del Reino de España, no de la Nación Española.

La tan cacareada neutralidad del Reino de España no fué tal neutralidad. Se les dejó operar a su sabor en nuestras costas a los submarinos alemanes y los fariseos que hoy fingen indignarse de los tratos que los moros beniuirriagueles han dado a unos cuantos españoles, excusaban el que los submarinos del kaiser hundieran barcos españoles dejando perecer a sus tripulantes. Estos barcos hacían su negocio, decían. ¿Cómo si la desatinada operación en que esos pobres españoles fueron cautivos no hubiese entrado en el negocio!

Acabó la guerra con la derrota de los Imperios centrales. Derrota en que no se creía, no se quería creer en la cumbre del poder público del Reino Español cuando estaba ya clara a los ojos de todos los que querían ver claro. Con esa derrota la empresa de colonización—no de protectorado—del norte de Marruecos, la cruzada contra el infiel marroquí, recibía un rudo golpe. Pero continuó.

Llegó el desastre de julio de 1921, el



que hemos llamado la 'santiagada', que no fué sino la derrota del reino pero no de la Nación. Porque aquel loco avance del desgraciado general Fernández Silvestre se hizo por encima del Gobierno, sin asentimiento de éste, de un modo despótico y absolutista. Lo dirigió el rey mismo y no como soberano constitucional. Cosa que es hoy en España un secreto a voces. Y como no estaba, como no podía estar debidamente preparado, como no respondía a la voluntad nacional, opuesta a esa guerra de conquista, fué un tremendo desastre.

Lo que de entonces acá ha venido sucediendo no ha sido sino el querer evitar el juicio supremo, la crisis de la irresponsabilidad constitucional del monarca, y a la vez el esfuerzo de los imperialistas por restablecer un estado de cosas definitivamente perdido. Y hoy hemos llegado a la crisis del régimen, a la última crisis del sistema monárquico de que tan agudamente discurrió aquí mismo Guillermo Ferrero, en el número del 14 de enero.

El rey, a quien yo le he oído decir que hay que exigir, sí, todas las responsabilidades y a todos, incluso a él mismo, por la Constitución irresponsable, dice esto —acaso para fingir que no las teme— pero obra y maniobra subrepticamente para impedirlo. Teme que si el Tribunal Supremo de Guerra y Marina llega a condenar al general Berenguer éste ponga en claro todo lo ocurrido en esa desgraciada campaña, en esa loca empresa de desquite dinástico y acaso también de turbios negocios. Y a eso obedecen todas las sacudidas imperialistas.

Lo fué aquella intentona del coronel Millán Astray, jefe que fué de una Legión o Tercio que hizo más daño con sus "proezas" (!!!) cinematográficas que otros huyendo. La intentona fracasó. Y con ella se ahogó una especie de fajismo. No prosperó el fajo español. Y ahora, con ocasión del rescate de los cautivos, llevado a cabo por un opulento naviero y minero de abolengo y de sentimientos republicanos, han vuelto los imperialistas a tocar el cuerno épico y a pedir que se arrase la tierra de los beniuirriagueles... Pero el pueblo ha rechazado esas llamadas históricas y casi epilépticas. El pueblo ha comprendido que no las dictaba el patriotismo. El pueblo sabe que no ha sido la Nación la derrotada sino que el derrotado ha sido el reino. Y por todas partes ya se habla de abdicación. Y a lo más se añade: "Bueno, ¿y qué vendrá después?"

Se comprende que los españoles que viven fuera de España, sobre todo si su ausencia es de muchos años, no puedan y hasta no quieran darse clara cuenta del estado íntimo de esta Nación, de la verdadera guerra civil que aquí se está librando; pero deben con-

siderar que no es posible esa platónica unión que nos predicán cuando se trata de lo más íntimo, de lo más entrañado, de lo más hondo de nuestra vida pública. Se trata de salvar la independencia patria y no de un poder extranjero sino de un poder... ¿nacional? ¡Nacional, no! De un poder extraño.

En rigor en España no ha habido soberanía nacional, excepto acaso en un breve período que fué de 1868 a 1875. Pero no se la dejó asentarse, clasificarse y consolidarse. No se dejó que España llegase a tener un Gobierno salido de un Parlamento que a su vez saliese de la voluntad popular. Y así la inmensa mayoría del pueblo ni votaba. Podrá haber habido períodos relativamente liberales, pero no democráticos. Y la realza en España nada tiene de democrática ni de popular. Porque el

democratismo no se mide por exterioridades de maneras y modales ya que la historia nos ofrece ejemplos de déspotas y de absolutistas muy afables, muy llanos en su trato, muy accesibles, pero nada demócratas.

La situación es, a esta fecha, delicadísima. Vázquez de Mella dijo hace ya tiempo que Marruecos sería la tumba de la monarquía. En 1878 decía en el Congreso el general don Manuel Salamanca que cuando un rey pierde una guerra pierde con ella su corona. Que el rey, y no España, ni su Ejército, ha perdido una guerra por querer hacer una cruzada conquistadora de lo que no puede pasar de operación de policía, eso es indudable. ¿Qué pasa ahora? Esperemos. Y no mucho.

Miguel de Unamuno.

Síntesis de los anteriores artículos

Rasgos fundamentales de una Universidad moderna y revolucionaria como la anhelan los bolsheviques.

Comenzamos diciendo que no hay estudio alguno moral, filosófico, sociológico, que por vía de excepción se salga de las reglas generales de la investigación científica; que los hechos son el punto de partida y el de comprobación o de llezala, todo lo cual tiene y tendrá su actualidad mientras haya en las Universidades estudios filosóficos, jurídicos, etc., que parecen elaborarse en el silencio de un gabinete y adquirir forma y vida en las divagaciones de un pensador. Tipo clásico de profesores "no empíricos" y forjados de teorías sutiles: Francisco Carrara, ilustre profesor de Derecho Penal, hacia el siglo pasado, en la Universidad de Pisa.

Una Universidad bolshevique debe ser todo lo contrario: "empírica", experimental, positivista en el sentido de hacer acopio de observaciones interesantes o útiles, pero *ciertas*.

Hemos hecho la distinción entre el positivismo, en el sentido que queda indicado, y el "positivismo" de nombre, el positivismo falso, que con el propósito de acudir a los hechos, pero sin acudir a ellos, se ha limitado a *aplicar* teorías de H. Darwin, de las cuales Darwin no es responsable. Positivismo filosófico, pseudo científico, fabricado de segunda mano y no en el laboratorio directamente. Ese positivismo recomienda la sumisión ante la especulación y el agio, ante las necesidades no satisfechas del inmenso número, ante las deficiencias de orden económico y financiero, en nombre de la *inmutabilidad* de las leyes naturales. Recomienda esa filosofía pseudo-

darwiniana la obediencia al Estado, en nombre de la subordinación del individuo a la especie, del eslabón a la cadena, que lo es todo para esos "evolucionistas". Son reaccionarios y escépticos en materia científica, a guisa de prudentes; así: las leyes penales deben (?) subsistir como remedio al delito (permítaseme la expresión), aún cuando el delito, como las enfermedades, no se extingan, porque habrá siempre (?) un mínimum de enfermedades y delitos *inevitables*, y necesidades de todo orden sin satisfacer. Doctrinas suministradas a la juventud como ciencia, especialmente en aquellas profesiones universitarias y aquellos asignaturas de segunda enseñanza que se resenten de su carácter no-científico y (como es natural donde el laboratorio falta) de las influencias metafísicas.

Una Universidad bolshevique va en primer término a la inteligencia, no al corazón; por medio de *hechos* más que de razonamientos, o de máximas imperativas de conducta, a fin de que el alumno sea la resultante de los conocimientos adquiridos, y *se forme a sí mismo* en la vía de nuevos conocimientos. El ideal de la educación bolshevique es individualista y por lo tanto, cree llenar su cometido cuando el individuo empieza a educarse a sí mismo dentro de la mayor libertad para seleccionar sus estudios y llevarlos a buen término. De ahí que no deba ser el estudiante universitario, un pupilo en manos de tutores o maestros, un instrumento pasivo de ajenos fines en manos de un Estado, sino el centro mismo de los estudios que emprende para poner la verdad al servicio de *sí mismo*.

La ciencia es optimista y revolucionaria.



8-232

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USALES